

IV. RESEÑAS

Fernando González-Urizar

ÁNIMA VIVA. POEMAS TEOLOGALES

Editorial Patris, Santiago, 1998

Fernando González-Urizar es un poeta incansable. En 1957 debuta con *La Eternidad esquiva*, poemario prologado por Juvencio Valle, que mereció el Premio Municipal de Santiago. Sigue *Los nombres y los años*, 1960, con prólogo de Pablo Neruda y un epílogo elogioso de Angel Cruchaga Santa María. Continúan los libros y continúan las distinciones, entre éstas, el muy apetecido Premio Internacional Leopoldo Panero; siguen también los prólogos de famosos: Hernán del Solar, Alfonso Calderón, Ernesto Livacic, Julio Mendoza Bello. Santiago, Concepción, Madrid, Caracas ven nacer estas publicaciones que llegan casi a una treintena. La última –*Anima Viva*– apareció en 1988. ¿Por qué el subtítulo “Poemas Teologales”?

Antes de intentar una respuesta, echemos una mirada de conjunto a tanto afán poético.

Lo primero es el encuentro con unas formas métricas muy variadas, que van desde el verso y la estrofa libres hasta los más rigurosos sonetos, pasando por cuartetas endecasílabas o alejandrinos, por tercetos bien encadenados o romances ligeros, de ingrávidas asonancias. Predomina el arte mayor y hay abundancia de poemas extensos, con rimas o sin rimas, en los cuales cualquier ademán narrativo cede ante el lirismo más acabado.

Lo segundo, precisamente a propósito de lo dicho, es esto de la lírica– lírica, como pudo afirmar Vicente Huidobro. Los poemas se sustentan estrictamente en la palabra expresiva y decidora de una visión subjetiva, donde el sentir prevalece. No es que el “tema” sea menospreciado, sino que se privilegia el verbo que manifieste de manera inmediata el sentimiento. La lírica de Fernando González-Urizar, en la medida que a cabalidad sostiene el poema, no necesita recurrir a situaciones ni a personas de alguna manera marginales a la poesía misma. No hay aquí más personas que el yo y el tú, no hay otra situación que la nacida en la admiración o el amor, no se busca un desenlace “interesante” y quizás sorprendente. Sí, hay matices y diversidad de intensidad, tonos y hasta coloridos. No son poemas que se puedan resumir o contar. Se les evoca, sin embargo, en la memoria cordial, en el recuerdo, tomado este término en lo que etimológicamente nos dice: recordar es poner en el corazón.

El lector atento podrá sintonizar con el poeta y podrá reavivar su propio sentir, aguzando la sensibilidad y hasta su creatividad. Está claro que con palabras y no con ideas ni conceptos se hace la poesía. La conocida afirmación de Mallarmé encuentra una confirmación plena en los textos de González-Urizar.

La tercera y última consideración es la de que en esta lírica hay una evolución que –simplificando, aun a riesgo de falsear un tanto la realidad– va de lo meramente natural y humano a una búsqueda y encuentro con la divinidad. Mejor, que el sentir del poeta se vuelca de las cosas de aquí –una flor, un encuentro amoroso, el tiempo fugaz– a lo que trasciende a todo lo temporal y local, a cuanto es contingente. El riesgo de falsedad está en hacer creer que se pasó de una realidad muy definida a otra absolutamente distinta. No es así. Por eso hablamos de evolución y de búsqueda. Lo que al principio era algo parecido a la nostalgia se fue transformando paso a paso en busca de realidades bien perfiladas y precisas.

En esta línea hay más de un poemario que ya por los títulos muestra lo que va a ser este remate en trascendencia. Repárese en el primer libro mencionado: *La eternidad esquiva*. Es el enunciado de algo que se juzga inalcanzable. Lo ilimitado no se logra, se le vislumbra apenas como huidizo, regañón, esquivo. *Los signos del cielo*, de 1971, en cambio, es título significativo, más si se le compara con *Los sueños terrestres*, de cuatro años antes. Ciertamente también contrastan los nombres de *La sabiduría de la luz*, de 1981, con *Oficio de tinieblas*, de 1994; ambos muestran en la tradicional oposición luz y tinieblas vecindad con claridades y sombras que van más allá de lo puramente natural. La antología *Tientos del ser*, de 1994, alude muy definidamente a la tentativa, al acercamiento posible pero no seguro de las realidades en sí, de los seres y del Ser del cual aquellos proceden.

Llegamos así naturalmente a este *Anima viva* de dos años atrás, con su calificativo “teologal”. Largo y difícil ha sido el camino, con alturas y baches, con cielos y tierras encontrados, con luces y sombras antagónicas. Aun ahora, ya en el libro final, las dudas aparecen. No todo es claridad cierta:

De mí, ¿qué queda, Dios, qué queda?
¿Dónde, cuando viví, cuáles mis obras
dirán que ni la luz sobre la tierra?

Sigue habiendo oscuridad y muerte y dolor incomprensibles:

Cruz, funeral me vuelvo,
doloroso.
Un aldabón golpea entre mis sienes
y nadie abre en mi ser.
Lloro de pronto.

Es la contrapartida a las “caídas” anteriores. Ahora, ya casi en la luz, asoma la dificultad y reaparecen las sombras. Es que hay en todo esto un proceso en que lo humano y lo más que humano se mezclan en un ir y venir constante. En tanto se camina cabe el error, dice Goethe en el Prólogo de su *Fausto*. Y tiene razón. Solo habrá verdad y plenitud una vez que la meta haya sido alcanzada del todo. El poema “Mejor es ir a Ti que estar dichoso” nos ilustra bien acerca de esta marcha. Antes fue la mano de la madre que guiaba. El niño veía al Cristo demacrado por las llagas y las espinas, en la cruz. La Biblia le era espanto y desmesura... “Y así te fue perdiendo/ –si

es que jamás te tuvo—/ el niño que de ti se condolía”. Pasó el tiempo que fueron lustros y décadas, pero no pasó en balde. Ya maduro, el autor va con la luz que arde en su corazón, al templo. Surge la claridad: “y hoy día en esta casa, te vislumbro”. Desde el resplandor aun escaso se adivina el frío del no templo, del “fuera de Ti, mi Dios” que hace temblar el corazón “al soplo que le viene/ del hontanar sombrío”. Y en el endecasílabo cabal que da título al poema —“Mejor es ir a Ti que estar dichoso”— la decisión se ha tomado, a sabiendas de las dichas terrenales que, como se sabe, terminan pronto y acaban en vacío y en tristura.

Es el Dios atisbado al que se pide luz, amor, libertad. Es el Dios buscado: “Mi eternidad es sólo el ansia de tenerlo”. Es el poeta que quisiera haber sido santo y místico, pero que se debate entre las dudas y la esperanza. Es el poeta agónico como Unamuno, solo que Fernando González-Urizar es menos intelectual que el rector salmantino, y más suave, más dulce, más puramente lírico. Su poesía no es aristosa ni dura. Tiene en su lucha por arribar a la luz plena, suavidades y dulzuras de poesía tradicional, modernista si se quiere. Y en esto empalman bien aquellas formas multiformes de que antes hablábamos, con las sinuosidades del camino recorrido. A cada recodo, una manera diversa, para que continente y contenido se correspondan plenamente.

La luz vislumbrada de este Dios atisbado irradia ya esplendores muy vivos, tanto en el plano puramente poético cuanto en el propiamente espiritual. Y es que de alguna manera el Señor buscado con ahínco y desinterés es ya Señor hallado. ¿No dijo Jesús que a quien pida se le dará, que se le abrirá a quien llame y que el busca va a encontrar? El que va por buen camino llegará a la meta soñada. Es el caso de nuestro poeta: auténtico, verdadero, valiente reconocedor de sus fuerzas y sus debilidades. En su primavera, la flor anuncia ya en esperanza el fruto cierto, como diría Luis de León.

Algo más todavía. El poeta sabe apreciar los grados secretos de la sabiduría, ocultos para quienes se refocilan no más que en el mundo. Sabe, en efecto, del silencio, de la belleza de un atardecer cualquiera, de la música callada:

No quiero más vivir en el estruendo:
sólo oír una voz, su epifanía.
Los dimes y diretes enmudezcan,
y lo turbio a lo límpido se mude.

Al fin —y he aquí otro hito en este camino sapiencial—, no hay que pensar en hosterías cuando se va de marcha, “pues la fonda del hombre es su jornada/ y la gana mejor cuando la pierde”. Son afirmaciones rotundas, exactas, de un enorme contenido. Sus dejes bíblicos están a la vista. Se justifica así con creces el subtítulo “Poemas Teologales”. No son teológicos, basados en la ciencia de Dios; tampoco son dogmáticos, como los de José Miguel Ibáñez, el hombre y poeta realizado cabalmente en su sacerdocio. Son teologales, en cuanto apuntan a un Dios deseado, a un Dios buscado y soñado desde las vicisitudes de la poesía y las zarzas del camino.

Acierta Ernesto Livacic cuando al finalizar su prólogo, afirma: “Su poesía está apoyada, como la existencia del ayer y del hoy, en un marco de eternidad. En el

concierto de la lírica nacional, donde esa fibra religiosa es tan sólida, la fina palabra lírica de González-Urizar tiene la virtud de aproximarnos vitalmente al misterio y de conquistar una luz que nos contagia sus destellos”.

Hay que volver la vista a nuestros grandes poetas menores, pues Chile no termina en Neruda, Huidobro, la Mistral, De Rokha o Parra. Angel Cruchaga, Juan Guzmán, Díaz Casanueva, Rosalva Del Valle, Enrique Lihn, Jorge Teiller –nombres importantes en nuestra lírica– son los grandes “menores” ya fallecidos. Pero hay quienes felizmente continúan presentes y siguen enriqueciendo nuestra poesía. Entre ellos, Fernando González-Urizar cuenta de una manera especial, porque es un poeta atento a su realidad interior, y –como él mismo dice– “a quien vela, todo se le revela”. Y dijo también (valga la cita como remate de esta Nota):

En blanco. Huele a sombra y a silencio,
A un algo que gotea del olvido,
Al jardín de Edén. Está muy lejos.

HUGO MONTES B.
Universidad de Chile